

La Enseñanza de la Humanidad (Sobre cómo vivir antes que saber más)

José Guillermo Ángel R.

¡Que Dios me proteja del maldito demonio!
Naguib Mahfuz. El espejismo.

Si lo que sabemos no sirve para quitarnos el miedo, eso que sabemos no ha servido para nada.
Del cuaderno de notas del autor.

La vida no es buena ni mala. Llegamos a ella en estado de inocencia, cargados del asombro que trae consigo la ignorancia. Esto quiere decir que llegamos a oscuras y a partir de ese momento, la vida puede comenzar a ser buena o mala. Todo depende de lo que vamos aprendiendo en ella, de lo que recibamos para entenderla como un don benéfico o como una serie de acontecimientos para odiarla. La vida entonces es un aprendizaje del bien o del mal. Y como bien y mal son categorías difíciles de medir de manera exacta, ya que son conceptos muy elásticos, diría mejor que la vida es un aprendizaje de la certeza o el error, entendiendo por certeza la alegría de estar vivo y por error el dolor de estar viviendo.

El ser humano nace y está sujeto a la enseñanza, a las ideas adecuadas o inadecuadas (en términos de Spinoza). Y si bien podemos ir viviendo y aprendiendo (siguiendo el proceso de frónesis, inteligencia práctica, del que habla Aristóteles), existe un mejor sistema y es vivir y, antes de asumir responsabilidades finales (trabajar, formar un hogar), aprender de las enseñanzas de otros.

La historia humana no es un recuento de hechos sino una suma de aciertos y errores. En ella encontramos sucesos sobre el buen vivir y el vivir con miedo, sobre el construir y el no saber (o no querer) hacerlo. Y de acuerdo a lo que sepamos, construiremos o destruiremos. Es que esto que sabemos, bueno o malo, nos hace seres humanos (lo acertado) o animales rabiosos (lo que contiene errores).

Humanismo

Este concepto aparece en el Renacimiento y consiste en tomar de las culturas antiguas (en el caso de los renacentistas, de los griegos y los latinos) las mejores formas de vivir. Vivir conmigo, vivir con los demás, vivir para los demás, floreciendo permanentemente. O sea que el Humanismo es aquel modelo que nos permite vivir sin miedo porque sabemos un hacer que nos hace confiables. Y porque tenemos un saber que nos permite mirar el mundo como un espacio que nos permite mejorar la condición humana que, de acuerdo con el Génesis, es esa capacidad que tiene el hombre para gobernar acertadamente los bienes de la tierra. En otros términos, salir de la ignorancia, ampliar la visión, hacer del otro alguien seguro.

El Humanismo, entonces, se reconoce en los logros buenos alcanzados por el hombre, con relación a sí mismo y en relación a otros. Es decir, en normas (morales) que nos evitan cometer errores. Vista de esta manera la palabra Humanismo, entenderíamos por ella que es el camino para ser humanos. Y como consecuencia, creadores de una vida buena.

En nuestros días, el Humanismo es una palabra desprestigiada (vivimos tiempos de oscuridad) y a ella se le contraponen la palabra ciencia y progreso técnico, que si bien son logros, no nos permite vivir mejor porque hace falta algo: que esa ciencia y esa técnica estén al servicio del sentir humano y no, únicamente, del hacer humano.

Si se revisa a historia, el hacer humano, en el que los medios son confundidos con fines, ha esclavizado más al hombre: dependemos de lo que tenemos, del cargo que ocupamos, de dinero que atesoramos, del reconocimiento temporal, de las compañías de seguridad y de unos conceptos estéticos que nos convierten en objetos. El hacer humano permite intervenir la naturaleza y aprovecharnos de ella, pero no nos libera de temores. Por el contrario los aumenta. Hay miedo a perder lo que tenemos, a envejecer, a vivir en compañía, a que el otro tenga más que nosotros etc. O sea que al hacer le falta el sentir: saber qué sentido tiene lo que hacemos.

Recuerdo un libro de Paul Lafargué, *El derecho a la pereza*. En esa utopía socialista, se habla del momento en que las máquinas harán el trabajo por el hombre para que este, liberado del trabajo, asuma una condición filosófica y reflexiva. Y en esa actitud, entienda cuál es el papel del hombre. Como digo, esto es una utopía, ya que las má-

quinas están en poder de unos pocos y la mayoría, excluidos, harán lo posible por apoderarse de esas máquinas. Pero hay otra utopía, la de Tomasso di Campanella, *La ciudad del sol*, donde el hombre construye y es conciente de lo que hace, de los aciertos y los errores. En esta ciudad es importante el arte y el contacto con D-s, los libros y los trabajos manuales. Esta utopía la hicieron realidad los jesuitas con las Misiones. Quienes sólo confiaban en el hacer y el acumular, destruyeron estas misiones.

En los días en que vivimos, se nos olvidó ser humanos (hacer con sentido) y nos hemos venido convirtiendo en objetos. Y en lugar de ser sujetos en relación, nos hemos dado a la tarea de tener miedo. Y ese miedo nace de que tenemos pero no sabemos qué tenemos, de que logramos algo pero carecemos de la conciencia de ese logro, de que como los animales nos hemos dado al conocimiento circunstancial (que nos sitúa entre cosas) y hemos olvidado el conociendo conceptual, que nos dice porque estamos ahí.

¿Y qué es ser humano? Según el *Pirké Abot* (el tratado de los padres), un ser humano se diferencia de un animal en que se reconoce en lo que hace porque ha cumplido con lo que otros han hecho bien. Y porque en lugar de dolor e ira, ejerce el agradecimiento, es decir, la alegría de estar vivo porque se es útil. En este punto, me identifico mucho con Oscar Wilde y su concepto sobre el ver. Ver es encontrar la belleza que hay en la cosa (en lo que hago y otros hacen).

Ser humano, también, es no sentir temor. Vuelvo al Génesis: el hombre como gobernante de la tierra, no a través del poder sino del entendimiento. Y el entendimiento comienza cuando nos reconocemos en nuestras propias potencialidades, no construyendo un individuo (una idea individual) sino un nosotros, que es la única opción que existe de humanidad. El hombre solo tiene miedo y antes que crear lo que hace es defenderse. El humanismo, que se fundamenta en un nosotros, tiene como fundamento el abrazo.

La enseñanza de la humanidad

El hombre es el único animal que está conciente de que está vivo. Por esta razón concibe el futuro y busca seguridad para él. El futuro, de acuerdo con el Éxodo, es el Seré (Soy Seré). Y seré consiste en sentir que se está en la magnitud de la creación, no en éxtasis, sino

en la posibilidad de convivir con el orden inmutable de las cosas, siempre aprendiendo, siempre en contacto, siempre provocando el encuentro. Miramos hacia delante porque al final de la mirada hay un horizonte. Y ese horizonte se amplía cuando se nos enseña humanidad, o sea la conciencia de ser en nosotros y entre nosotros. Esto lo tienen claro los árabes y los judíos, donde el concepto de individuo no existe porque ha sido superado por el de comunidad. La que sobrevive es la comunidad porque ella es la que proporciona el intercambio, el rostro (en la teoría de Levinas), el estar frente al otro y reconocerse en él. Y es que sólo sabemos que existimos porque el otro existe. Si yo estuviera solo en Plutón y nunca hubiera visto a otro como yo, no sabría quién sería yo y, como el monstruo del doctor Frankenstein, me mantendría aterrorizado.

La enseñanza de la humanidad es la enseñanza de lo que puedo hacer con lo que soy y lo que lo que logro intercambiar con los demás. O sea que es la enseñanza de lo interior y lo exterior, de lo espiritual y lo que hay más allá de mis manos. Es un adentro ordenado que permite ver un afuera en orden. En humanidad sabemos que podemos sentir a D-s y ser en D-s, o sea sentirnos en relación permanente. Así, entonces, quien enseña humanidad, enseña a vivir y luego enseña a hacer. Y ese vivir debe ser ordenado, limpio, disciplinado, para que el afuera también lo sea. Pongamos un ejemplo simple: el mundo es como sea mí adentro. Si mi adentro no está en paz, el afuera está en desorden. Si no estoy bien conmigo mismo, el mundo no está bien a mis ojos. El mundo comienza conmigo y con lo que me rodea. Lo demás es extensión. Y será bueno o malo según mis aciertos o mis errores.

Enseñar Humanidad es enseñar a vivir satisfecho con uno mismo porque estoy en proceso de satisfacción con lo que hay en el exterior (entendiendo el amanecer, la lluvia, el sol, las posibilidades de los demás, mi casa, lo que hago etc.). Y ese exterior depende, como he dicho, del interior. Spinoza, en El tratado de la reforma del entendimiento, propone: saber ser para uno mismo, saber ser para la ciudad y saber oficios manuales, que permitan el intercambio. Saber ser para mí, en el sentido de saber que soy necesario, que al saber que estoy vivo ya la vida no es un azar sino una situación (una tradición, una historia, un estar en capacidad de reconocerse como alguien). Saber ser para la ciudad implica saber ser para los demás, entender

la normatividad (la norma es la mejor forma de no cometer errores) y asumir conceptos de seguridad, no con base en armas ni murallas, sino en confianza hacia eso otro. Y saber oficios manuales, porque en lo que hacemos es en lo que nos reconocemos como sujetos útiles y en capacidad de intercambio.

Pero hoy, en la mayoría de colegios y universidades, no se enseña humanidad. Se enseña a hacer cosas sin saber porqué las hacemos. Y algo peor, no se enseñan los fundamentos que crearon la cosa sino a hacer la cosa, como si esta fuera la primera vez que se hiciera. Me atrevo a decir que se enseña esclavitud. Enfrentamos a una buena cantidad de muchachos que desconocen su historia familiar, su historia local, que no saben vivir en comunidad y que tienen una visión del mundo que les llega por agentes externo a su propia casa (la televisión, las revistas, los video-juegos). Carecen de madre que les haya enseñado a estar vivos y a ser útiles.

Cuando Martin Buber asume los conceptos del Yo-Tu y Yo-Ello, explica que el Yo-Tú es mi relación con la magnificencia, con la idea de D-s como creador, ordenador y propiciador de la vida. Y de lo que aprendo de ello, reconozco mi relación Yo-ello, con las cosas. O sea que primero hay un reconocimiento interior, un logro de paz y fe (lo que ciertamente es y por eso no genera dudas) y después una interpretación del exterior, que sólo es posible si me entiendo en el Yo-tu, que es el que provee de respuestas a la razón de eso que hay afuera.

Hay máquinas que hacen máquinas. Máquinas que hacen (están programadas para ello) pero no por qué lo hacen. Esas máquinas, como se lee en *Las fábulas de Robots* de Stanislav Lem, terminarán destruyéndose a sí mismas, desesperadas de un hacer que no tiene razón porque es un movimiento continuo sin entendimiento de lo que se hace. Es un hacer y deshacer sin que medie para ello ningún concepto. O peor, ninguna moral.

La enseñanza de humanidad, lo que hoy nos convoca, tiene tres puntos: 1. Ser humanos en el interior (estar contentos con ser nosotros). 2. ser humanos en el exterior (estar contentos de ser nosotros). 3. Ser humanos con base en lo que otros seres humanos, antes, han hecho para mejorar la humanidad. Y aclaro que el término de humanidad no es la suma de hombres y mujeres que habitan el mundo sino el conjunto de seres que hacen de la vida un espacio para no sentir dolor. Como dice el rabino Samuel de Tetuán (siglo XIII), soy

un ser humano cuando entiendo que la vida es lo mejor que me ha sucedido. Y salgo y veo que a otros les ha pasado lo mismo.

Peter Singer, un autor de textos de ética bastante controvertidos, dice que el único derecho que existe para todos los seres vivos y que se debe reclamar permanentemente, es el derecho a no sentir dolor. Creo que la enseñanza de humanidad es enseñar a no sentir dolor, no excluyéndose de él sino propiciando lo necesario para que no se sienta. Vista la situación desde Spinoza, ser en D-s que, como conocimiento sumo, sólo es alegría.

Ensayos de humanidad.

Michel de Montaigne, emparentado con la fundadora de la Compañía de María (la palabra compañía me gusta mucho porque implica un nosotros permanente), fue el creador del término Ensayo, lo que sé de algo (Sais-Je), situarme en lo que sé y responder por esto. Y sus ensayos tienen cuatro componentes: un algo actual que se analiza, unos referentes históricos que me digan si ya ha sucedido antes, unas premisas que me llevan a un buen entendimiento (el recurre permanentemente a los clásicos latinos) y finalmente una opinión con el mínimo de errores que me permita ver el asunto tratado por lo que sé (y así es para mí) y no me causa dolor.

La enseñanza de humanidad, es algo simple: enseñar a ser humanos con base en los mejores humanos. Y esos mejores humanos (de todas las culturas) enseñan a reconocernos y a hacer las cosas con sentido del nosotros. Si no se enseña humanidad, seremos otro cuento más en las fábulas de Robots de Stanislav Lem.

Muchas gracias.